

Roja

TORRE

Manuel Belgrano

Soy Manuel

Margarita Mainé

Ilustración de tapa

Juan Pablo Zaramella

Ilustraciones interiores

Carlos Aon





Soy Manuel

Mainé, Margarita

Soy Manuel / Margarita Mainé; dirigido por Laura Leibiker; editado por Laura Linzuain; ilustrado por Carlos Aon. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2020.

72 p.: il.; 20 x 14 cm. - (Torre roja)

ISBN 978-987-545-867-3

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Leibiker, Laura, dir. II. Linzuain, Laura, ed. III. Aon, Carlos, ilus. IV. Título.

CDD A863.9282

© Margarita Mainé, 2020

© Editorial Norma, 2020

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación “N”/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: enero de 2020

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker

Edición: Laura Linzuain

Corrección: Roxana Cortázar

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Natalia Fernández

Documentación gráfica: Estefanía Jiménez

Fotografía: AGN (Archivo General de la Nación)

Gerente de producción: Paula García

Jefe de producción: Elías Fortunato

CC: 61091634

ISBN: 978-987-545-867-3

Agradecemos la colaboración de Bianca por su caligrafía en la página 44.



Soy Manuel

Margarita Mainé

Ilustraciones

Juan Pablo Zaramella y Carlos Aon

 **Norma**

www.normainfantilyjuvenil.com/ar

*Para Héctor...
por tantos años de clases de historia...
Por el amor,
por la risa,
por la familia que construimos.*

*Procuraré hacerme digno
de llamarme hijo de la patria.*

MANUEL BELGRANO



1

La ventana

Cuando abro los ojos por la mañana, tengo que evitar hacer ruido. Papá trabaja hasta tarde y la casa es tan pequeña que cualquier movimiento se convierte en un sonido que lo despierta.

Me paro en la cama con mucho cuidado y, apoyado en la madera que rodea la ventana, miro. El paisaje es siempre el mismo. A una cuadra de mi casa, quizás un poco más, los autos pasan volando por la autopista. A ese ruido ya estamos acostumbrados, por eso papá sigue durmiendo aun cuando se escucha el motor de los camiones o de las motos con su sonido

ensordecedor. En cambio a mí me dan ganas de espiarlos por la ventana y pienso: "¿adónde irá toda esa gente tan apurada?".

A Rocío también le gusta dormir hasta tarde. Ella es mi hermana mayor... Me lleva solo un año pero parece más grande. Porque ella sabe leer y yo, aunque voy a la escuela, no termino de entender ese lío de letras y sonidos.

Dentro de un rato, cuando papá tome los mates de la mañana y comamos el pan que quedó de ayer, Rocío y yo vamos a ir caminando a la escuela. Allí, almorzamos en un comedor casi tan ruidoso como la autopista y después, cada uno a su grado.

Yo me siento con Laura, que vive en el mismo barrio y ya sabe todas las letras.

La maestra llena el pizarrón de palabras. Intento copiarlas y no me salen bien. Ella escribe rápido, como si la tiza fuera una moto con silenciador.

Y cuando volvemos de la escuela, mamá ya volvió de la casa donde trabaja, y si la tarde está linda y no tenemos deberes, nos deja salir con papá en el carro.



—Si van a caminar pueden venir, pero sin quejarse —dice papá, y por unas cuerdas no nos deja subir porque quiere llevar el carro liviano.

Después de dos o tres paradas, el carro empieza a llenarse y nos subimos y nos reímos de cualquier cosa con Rocío. De un perro que nos ladra, de un pozo que nos hace saltar...



2

El carro

Papá para el carro junto a esos cajones negros en los que la gente tira cosas. Son para la basura, pero en el centro de la ciudad la gente tira de todo. Él junta los cartones que después vende y muchas veces encuentra cosas que sirven.

Ayer sacó una pelota casi nueva.

—Seguro que un chico jugaba dentro de la casa y rompió un vidrio. Por eso la mamá le tiró la pelota —dijo Rocío, porque le gusta inventar la historia de lo que encontramos.

En los últimos meses salvamos a cinco muñecas de distintos tamaños. Las traemos

a casa, las bañamos, las peinamos, y a veces mamá nos arregla la ropa y cuando están listas las acomodamos en una repisa. También encontramos varios autos de juguete, y con unas maderas que papá amontona en el fondo del patio armé mi propia autopista.

Hace unos días, papá llenó el carro de libros y revistas. Que alguien tirara libros nos pareció raro. A Rocío se le ocurrió que seguramente era una persona tan viejita que ya no podía ver las letras.

Ella se agarró dos libros con dibujos porque ya sabe leer. Y yo, entre las revistas, encontré una que me gustó; aunque le faltaba la tapa, adentro tenía caballos.

Ya en la cama, mi hermana leía muy concentrada mientras yo miraba las páginas de la revista.

—¿De qué se trata? —me preguntó.

—De un superhéroe —respondí.

—¿Vuela? —dijo.

—No, anda a caballo —le expliqué.

Los dibujos ni siquiera tenían color. Igual había algo que me gustaba y era la

cara del protagonista. Era una persona... no sé... Tenía una cara... no sé... que me gustaba.



—Si querés, te la leo —me dijo Rocío.

—No —respondí—. La voy a leer yo solo.

Pero no era cierto. Yo miraba los dibujos y trataba de entender cuáles eran los poderes del superhéroe a caballo. Y también pensaba en cuáles eran los poderes que yo necesitaba para aprender a leer.



3

La torre

Papá hace siempre el mismo recorrido con el carro. Camina rápido a la ida y despacio a la vuelta. Lo mejor es la parada en la torre. Después de atravesar el centro, donde los cajones negros están más llenos de cosas, paramos un rato. Papá se junta a conversar con mujeres y hombres que también llegan con sus carros repletos de cartones. Rocío y yo jugamos en las escaleras. Subimos y bajamos y ella siempre me gana las carreras porque tiene las piernas más largas.

—Esto es un barco —me dijo ayer a la tarde, y jugamos a que éramos marineros

y ella era la capitana que me ordenaba lo que tenía que hacer.

—Yo también quiero ser el capitán —le pedí, pero estaba mala y no me dejaba decidir nada. Porque hay días en que mi hermana es buena conmigo y otros que no me quiere ni ver.

En la entrada de la torre, sobre la calle, hay una bandera enorme que los días de viento parece que va a salir volando.

—Vamos que se hace tarde —dijo papá, y se terminó el juego. Subimos al carro y, como me pasa muchas veces, me quedé dormido sobre los cartones.

Después de comer volví a hojear mi revista, solo por imitar a Rocío, que leía en la cama de al lado.

—¿Qué hace el superhéroe? —me preguntó cerrando el libro.

—Va-a-ca-ba-llo-y-to-dos-lo-si-guen —le dije despacio, simulando leer. Creo que se dio cuenta de que yo estaba inventando y no dijo nada. Era una de sus noches buenas.



4

La escuela

Me costaba concentrarme en la tarea después de almorzar. La maestra era muy amable pero los chicos eran ruidosos y yo no podía hacer otra cosa que mirarlos.

—Estás muy distraído —me dijo ella cuando miró mi cuaderno y descubrió que no había copiado bien las letras del pizarrón.

Intentaba hacerlo, pero al rato me daba cuenta de que me había equivocado y ya no me importaban la prolijidad ni el cuaderno.

—Ya estamos en junio, y todavía no lee ni una palabra —le había dicho mamá a papá en voz baja antes de dormirse. Como

la casa es tan pequeña y las paredes son de madera, la escuché. Y también la escuchó Rocío, que me tiró con la almohada para empezar la batalla y hacerme reír.

—Basta de líos —dijo mamá.

Rocío y yo volvimos a la lectura.

Yo trataba de mirar las letras de la revista, pero los ojos se me escapaban hacia los dibujos. El superhéroe llevaba una bandera y en la otra página estaba parado en la puerta de una casa que parecía una escuela porque estaba rodeado de niños.

¿Cuándo iban a decirme algo las letras?

¿Qué había que hacer para aprender a leer? ¿Por qué muchos de mis compañeros ya sabían y yo no?

¿Era magia? ¿Solo tenía que esperar y una mañana me iba a despertar leyendo?

Volví preocupado de la escuela hasta que llegó la hora de salir en el carro.

—¡Vamos de paseo! ¡Vamos de paseo!
—cantamos con Rocío.

—Es trabajo, no paseo —nos respondió papá como siempre y se le escapó una sonrisa.



5 El prócer

—**H**oy vamos a hablar de nuestro prócer —dijo la maestra y yo escuché “postre”.

—¿De qué postre? —pregunté y algunos chicos se rieron.

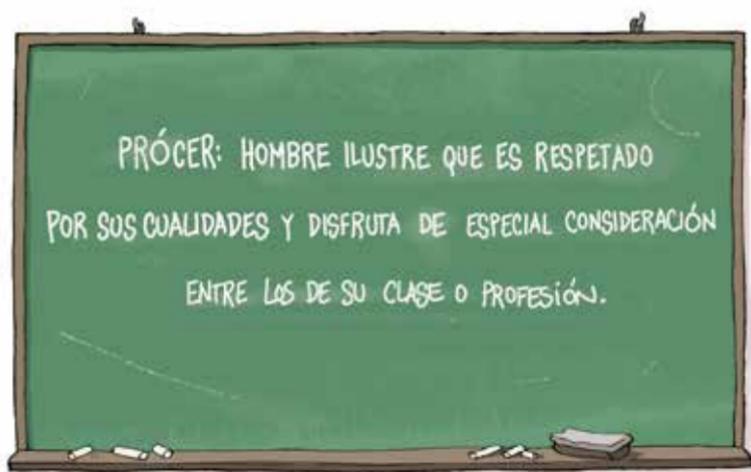
—“Prócer”... no “postre” —dijo ella y anotó la palabra en el cartel de las palabras nuevas. Allí dejaba registradas todas las palabras que ella usaba y nosotros no conocíamos.

P-R-Ó-C-E-R

La copié con cuidado porque de solo mirarla me parecía complicada. La P con la O ya sabía que sonaba PO, pero con la R en el medio no tenía idea.

—¿Saben quién es nuestro prócer? —dijo ella y se dio cuenta de que si no sabíamos lo que era un prócer menos íbamos a saber su nombre.

Entonces le pidió a Laura, que ya sabe leer bien, que buscara en el diccionario la palabra y después completó:



¿Ilustre? Me aclaró poco esta explicación. La maestra insiste en usar el diccionario, pero a mí me parece que a veces no da respuestas sino más preguntas.

—Nuestro prócer es Manuel Belgrano —dijo escribiendo ese nombre y apellido en el pizarrón.

Laura me tocó con el codo. Yo no dejé de copiar. El corazón me latió un poco más fuerte.

Después la maestra dijo que todos lo recordaban porque era el creador de la bandera, pero que Manuel (la maestra lo llamaba así, igual que como me llama a mí) había hecho muchas otras cosas y que íbamos a aprender detalles sobre su vida.

Desde ese día me gustó más ir a la escuela. Cada tarde, la maestra nos contaba una historia de Manuel. Me gustaba tener el mismo nombre que él y empecé a entender lo que era un prócer.



6

Tiempos remotos

Cuando la maestra pegó una lámina de Belgrano en el pizarrón casi me caigo de la silla. Resulta que Manuel Belgrano era muy parecido al superhéroe que andaba a caballo en mi revista, ese que tenía cara de bueno y me gustaba tanto. En la imagen del pizarrón solo se lo veía a él con una bandera detrás. Estaba muy serio y con el pelo corto y oscuro, peinado sobre la frente.

—¿Andaba a caballo? —le pregunté a la maestra y ella sonrió.

—Claro —dijo—, en esos tiempos no había autos y las personas andaban a caballo o en carros, porque no existían los autos.



Pensé que ahora sí existían y nosotros seguíamos yendo en carro, pero no me animé a decirlo.

—¿Y en moto? —preguntó un compañero.

—No, ni autos ni motos ni camiones...
—explicó la maestra.

—¿Entonces no había autopistas? —pregunté tratando de imaginar cómo sería el paisaje desde mi ventana sin ese pavimento lleno de vehículos que llenaban el aire de ruido y humo.

—No —repitió la maestra—. Mejor, antes de hablar de la vida de Manuel, vamos a recordar cómo eran aquellos tiempos remotos.

¡Qué ganas de usar palabras difíciles! ¿Remotos? ¿Qué quería decir “remotos”? ¿Tendría algo que ver con el control remoto?

Por suerte esta vez la maestra no pensó en el diccionario y nos pasó una película que mostraba cómo era el mundo cuando Belgrano vivía. Se llamaba “documental” y contaba algunas cosas:

“La ciudad era de casas bajas, las paredes blancas, los techos de tejas. Las ventanas tenían rejas de hierro. Las mujeres de la clase alta usaban vestidos largos, peinetones y abanicos...”.

—¿Eran todas altas? —interrumpió Fernando, que es preguntón.

La maestra explicó entonces que **no todas las personas vivían de la misma manera. Parece que los españoles y los que tenían dinero eran la “clase alta” y tenían muchos privilegios y un montón de gente a su servicio.**

“Las calles eran de tierra y cuando llovía mucho resultaba difícil andar por el barro. Para lavar la ropa, iban al río. Los comerciantes tenían sus locales frente a la plaza o vendían sus productos en las pulperías. Había vendedores ambulantes”.

Lo de los vendedores ambulantes ya lo sabía porque en la última fiesta de la escuela tuve que disfrazarme de vendedor de velas. Y no compraban velas para cuando se cortaba la luz como hacía mamá, sino porque no había electricidad. Y si no había electricidad no había televisión ni teléfono ni computadoras, nada.

—Qué aburrido vivir así —dijo Laura.

Yo me acordé de que cuando se corta la luz en casa, con Rocío jugamos a las sombras y nos reímos un montón.

—El mundo era distinto —dijo la maestra—, pero les aseguro que nadie se aburría en la época colonial.



Margarita Mainé

Nació en Ingeniero Maschwitz, provincia de Buenos Aires. Trabajó como docente y en el aula nacieron sus primeras historias. Es autora de más de cien obras literarias para niños y varias novelas para jóvenes.

En Norma ha publicado *Betina y yo*, *Cuentos para salir al recreo*, *La familia López*, *Un incendio desastroso*, *Las cortinas rojas*, *Malku y los cabritos*; y en la serie Lucía y Nicolás: *Mi chupete, mi almohada*, *Quiero pis* y *Ya no somos bebés*.

En 1997 fue finalista del concurso Norma Fundalectura con su novela *Lástima que estaba muerto*, que forma parte de la colección Zona Libre, en la que también ha publicado *El (h)ijo la libertad* y *El secreto de la cúpula*.



Juan Pablo Zaramella

Nació en Buenos Aires. Es ilustrador y director de animación. Sus ilustraciones fueron publicadas en importantes medios gráficos.

Ha ganado premios internacionales. Su corto "Luminaris" fue preseleccionado para el Oscar al Mejor Corto Animado. Es creador de la serie "El hombre más chiquito del mundo".



Carlos Aon

Nació en Buenos Aires, en 1978. De chico quería ser inventor, pero el gusto por dibujar lo llevó a ser ilustrador de historietas.

Junto a otros artistas fundó el colectivo "La Productora", en el que editó sus primeras obras. Desde 2001 trabaja como historietista e ilustrador de libros infantiles y publica en la Argentina, Estados Unidos, China, Francia y España.

Índice

1. La ventana.....	7
2. El carro.....	11
3. La torre.....	15
4. La escuela.....	17
5. El prócer.....	19
6. Tiempos remotos.....	23
7. Cruzar el mar.....	27
8. ¿Próceres o superhéroes?.....	31
9. Muchos hermanos.....	33



10. Fútbol.....	37
11. La pluma.....	41
12. Pa-la-bras	45
13. Batallas	47
14. Derechos	51
15. ¡La bandera!	55
16. ¡Qué sorpresa!	59
17. Y otra sorpresa	63
Epílogo	67

Llegaste
a lo alto
de esta



Ahora
podés ver
más lejos.

Esta obra se terminó
de imprimir en enero de 2020,
en los talleres de Latingráfica S.R.L.,
Rocamora 4161, Ciudad Autónoma
de Buenos Aires, Argentina.

Roja

TORRE

A partir de los 7 años

HISTORIA

Soy Manuel

Margarita Mainé



Mientras aprende a leer, un niño descubre al héroe que nos legó mucho más que la bandera.

El pequeño Manuel recorre la ciudad sobre el carro con el que su papá junta cartones y entre los libros que alguien descartó encuentra una revista. Dentro está el dibujo de un hombre a caballo: ¿por qué será que le llama tanto la atención?, ¿será algún superhéroe...? Muy pronto, de la mano de su maestra, Manuel conocerá no solo las letras y el significado de las palabras, sino muchas cosas sobre este personaje. Sabrá por qué en nuestro país lo recordamos con tanto cariño y lo llamamos “prócer”.

Norma

www.normainfantilyjuvenil.com/ar



61091634